

Estado de Puebla, á 10 kilómetros al N. de la ciudad de Zacapoaxtla.

Calatepec. Rancho y Congregación de la municipalidad de Otatitlán, cantón de Cosamaloapan, Estado de Veracruz, con 95 habitantes.

Calatraba. Hacienda de la municipalidad de la Libertad, Departamento del Palenque, Estado de Chiapas.

Calavera. Hacienda de la municipalidad y Departamento de Chiapa, Estado de Chiapas.

Calavera. Hacienda de la municipalidad de Coxcatlán, Distrito de Tehuacán, Estado de Puebla, á 8 kilómetros al S. de la cabecera municipal.

Calavera. Rancho de la municipalidad de San Antonio, partido del Sur, territorio de la Baja California, con 13 habitantes.

Calavera. Rancho de la municipalidad de Anganguero, Distrito de Zitácuaro, Estado de Michoacán.

Calavera. Rancho de la municipalidad de Indaparapeco, Distrito de Zinapécuaro, Estado de Michoacán, con 10 habitantes.

Calavera. Cerro situado al N.E. de Huitzuc, Estado de Guerrero, Distrito de Hidalgo.

Calavera ó Pilas. Cerro del grupo de montañas que constituyen el Distrito minero de Asientos, Estado de Aguascalientes.

Calaveras. Rancho de la municipalidad de San Cristóbal, Departamento del Centro, Estado de Chiapas.

Calaveras. Rancho de la comprensión del pueblo de Santa María de los Angeles, municipalidad de Colotlán, 8º cantón del Estado de Jalisco.

Calaveras. Rancho de la municipalidad de Quechólac, Distrito de Tecamachalco, Estado de Puebla.

Calaverna. Rancho del partido y municipio de Silao, Estado de Guanajuato, con 136 habitantes.

Calaverna. Rancho de la municipalidad de San Sebastián, 9º cantón (C. Guzmán), Estado de Jalisco.

Calaverna. Rancho del municipio de Arriaga, partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí.

Calaverna. Ranchería y Congregación de la municipalidad de Tlacotalpan, cantón de Veracruz, Estado del mismo nombre.

Calcahualco. Pueblo, cabecera de la municipalidad de su nombre, cantón de Córdoba, Estado de Veracruz. La municipalidad comprende la cabecera y las Congregaciones Ahuihuixtla, Atotonilco y Tecuanapa. Población 2,393 habitantes.

Calcahualco. Rancho y Congregación de la municipalidad de Totutla, cantón de Huatusco, Estado de Veracruz, con 294 habitantes.

Calcapualco. Ranchería de la municipalidad y Distrito de Tehuacán, Estado de Puebla, á 7½ kilómetros al O. de la cabecera del Distrito.

Calcetok. Finca de campo del partido de Maxcanú, Estado de Yucatán, á 10 kilómetros al E. de la cabecera. En sus inmediaciones, al Norte, existen ruinas de antiguos edificios.

Caldera. Hacienda de la municipalidad de Ixtacmastián, Distrito de Alaristotepec (Chignahuapan), Estado de Puebla, á 14 kilómetros al Sur de la cabecera municipal.

Caldera. Rancho de la municipalidad de Tepezalá, partido de Ocampo (Asientos), Estado de Aguascalientes, á 8 kilómetros al Sur de la cabecera municipal.

Caldera. Rancho del Distrito de Alaristotepec (Chignahuapan), Estado de Puebla.

Caldera. Rancho del municipio de Mezquitic, partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí.

Caldera. Rancho del municipio y partido de Cerritos, Estado de San Luis Potosí.

Caldera. Rancho del municipio y partido de Guadalcázar, Estado de San Luis Potosí.

Calderas. Finca rural del partido de Peto, Estado

de Yucatán, en la orilla oriental de la bahía de Chetumal.

Calderita. Rancho de la municipalidad de Tamaquila, 9º cantón (Ciudad Guzmán ó Zapotlán), Estado de Jalisco.

Calderón. Hacienda de la municipalidad y partido de San Miguel Allende, Estado de Guanajuato, con 152 habitantes.

Calderón. Hacienda de la municipalidad de Zapotlanejo, Cantón 1º ó de Guadalajara, Estado de Jalisco.

Calderón. Hacienda de la municipalidad de Tepatitlán; tercer cantón ó sea de la Barca, Estado de Jalisco.

Calderón. Hacienda de caña y elaboración de aguardiente, del Distrito y municipalidad de Morelos, Estado del mismo nombre, con 330 habitantes, situada á 1½ leguas al N.O. de Cuautla, y á 8½ de legua de la ciudad de Cuernavaca; sus productos se estiman en 48,000 arrobas de azúcar.

Calderón. Cerro al Occidente de la hacienda del mismo nombre; es una de las eminencias que constituyen la poca elevada sierra que separa el Plán de Amilpas de las campiñas de Yautepac.

Calderón (Santa Cruz). Hacienda de la municipalidad y Distrito de Tepeaca, Estado de Puebla, á 7 kilómetros al E. de la cabecera del Distrito.

Calderón. Hacienda del municipio de Reyes, partido de Santa María del Río, Estado de San Luis Potosí.

Calderón. Rancho del Estado, partido y municipio de Guanajuato, con 26 habitantes.

Calderón. Rancho de la municipalidad de Mascota, décimo cantón del Estado de Jalisco.

Calderón. Rancho de la municipalidad de San Juan del Estado, Distrito de Etla, Estado de Oaxaca.

Calderón. Rancho del municipio de Cuesta de Campo, partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí.

Calderón. Riachuelo que riega las municipalidades de Tepatitlán y Zapotlanejo, la primera de la Barca y la segunda de Guadalajara. Es afluente del Río Verde, y sobre él se halla el puente construido en 1807 por el Tribunal del Consulado, y célebre en los anales de las guerras de Independencia, por la memorable batalla ganada por el General Calleja contra las fuerzas acudilladas por el Cura Hidalgo, en 17 de Enero de 1811. El Sr. D. Manuel Orozco y Berra, da los más interesantes pormenores acerca de dicha batalla, en el artículo siguiente:

"Vencidos los patriotas en Aculco y en Guanajuato, se habían concentrado en Guadalajara. El Gobierno, para dar un golpe decisivo y terminar si era posible la guerra, dió sus órdenes para que sus mejores divisiones, obrando en combinación, se dirigieran sobre la ciudad y la tomaran. D. Antonio Cordero, Gobernador de Coahuila y jefe de las fuerzas de las provincias internas, debería venir por San Luis y Zacatecas, pacificaría de paso los lugares insurreccionados, y recibiría instrucciones para ejecutar la parte que se le señalaba en la empresa; el teniente coronel D. Ignacio Elizondo sublevó las tropas, y ya no pudo contarse con Cordero. El general D. José de la Cruz, tomado Valladolid, debería avanzar sobre la provincia de Guadalajara; pero aunque se apoderó de aquella ciudad, tuvo en seguida que combatir á D. Ruperto Mier, hecho fuerte en Urepétiro, y el 14 de Enero de 1811, á consecuencia de varias demoras, estaba aún á más de 60 leguas del punto de su destino. El ejército de Calleja, tercera división de las que debían ejecutar el movimiento, levantó el campo de las inmediaciones de Guanajuato el 10 de Diciembre de 1810; á marchas cortas se dirigió á Aguascalientes, de donde ahuyentó á los patriotas, sujetó á Silao, á León y á Lagos, y el 15 de Enero siguiente entró en Tepatitlán. "El 16 (Detall de la acción gloriosa de las tropas del Rey en el puente de Calderón, México, en casa de Arizpe, 1811, de orden superior), dice Calleja, salió de Tepatitlán con dirección al puente de Calderón, distante seis leguas, donde se me aseguraba que podría hallarse

"el ejército enemigo amparado de su fuerte posición y de las ventajas que le daban la estrechura, elevación y aspe- "reza del terreno, con ánimo de ocupar antes este punto, si "era posible;" es decir, los realistas no sabían con certeza los movimientos de sus contrarios, estando á tan pequeña distancia y cuando el campo estaba ocupado con mucha anticipación.

Según el plán indicado arriba, Calleja debería esperar las tropas de Cruz para aventurar una batalla; si avanzó, dice (Detall, etc.), "no era mi ánimo hacer sólo el ataque "con el ejército de mi mando, sino el de aguardar á que el "Sr. Cruz concurrese á él al propio tiempo ó con corta "diferencia, para que cayendo con todas las fuerzas sobre "el enemigo y cortándole la retirada, resultasen las ma- "yores ventajas posibles, á cuyo efecto nos habíamos pue- "to de acuerdo sobre nuestra marcha, que aquel jefe se "vió en la necesidad de retardar por la brillante acción "que sostuvo á las inmediaciones de Zamora, y por las "dificultades que encontró en el camino; pero habiendo "sorpresa mis avanzadas el día 15 de Enero último, "en el pueblo de Tepatitlán, un correo que dirigía Hidal- "go al salteador Marroquín, jefe de una división de cinco "á seis mil hombres y algunas piezas de artillería, que se "hallaba en observación de mi ejército, en la que le par- "ticipaba con fecha del día anterior, que al siguiente sal- "dría de Guadalajara con su ejército á encontrar y batir el "mío, y notando en mis soldados aquel valor é impacien- "cia que son el presagio de la victoria, determiné seguir mi "marcha resuelto á atacarle en cualquier número y paraje "que le encontrase." De estas palabras se colige que Calle- "ja, fiado en la disciplina y entusiasmo de sus soldados, te- niendo en poco á sus enemigos, á quienes siempre había vencido, y celoso de la gloria adquirida por el general ven- cedor puesto como su rival por el Virrey, no quiso espe- rar á Cruz, y se aventuró con sus tropas á combatir un ejército que no conocía, para no partir con otro la victoria que juzgaba fácil y segura de alcanzar. Las fuerzas con que contaba eran unos seis mil hombres perfectamente armados y disciplinados; casi la mitad era caballería bien montada, y diez piezas de campaña con gran repuesto de municiones.

Mientras los insurgentes permanecieron en Guadala- jara, Abasolo se ocupó en organizar algunas tropas para dar forma en cuanto fuera posible á las turbas que seguían el estandarte independiente; al efecto formó siete batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y dos com- pañías de artillería, todo con 3,400 hombres, con unos 1,200 fusiles viejos ó recompuestos, y sin más oficiales instruidos que los pocos que quedaban de los regimientos de la Reina y de Celaya. Los buenos soldados no se im- provisan, se forman; no había elementos tampoco para hacerlos en corto tiempo, y la disciplina se avenía mal con los hábitos de aquella gente campesina; así es que, los batallones sin equipo ni armas, eran todavía pelotones de reclutas no acostumbrados al fuego, ni al conocimiento siquiera de sus armas. El resto del ejército era una chus- ma casi bárbara de gente del campo y de indios de los pue- blos, con sus lenguajes diferentes, sus trajes distintos y desaliñados, y por armas los instrumentos de labranza, la garrocha con que se conduce la yunta, pequeños machetes de hierro maleable y enmohecido, hondas, arcos y flechas, como si se tratara de los reencuentros de los primeros días de la conquista. En sus banderas caprichosas de formas y matices diversos, no lucían aún los colores nacionales; cada parcialidad, cada grupo que de su seno había sacado sus jefes y sus oficiales, adoptaba á su antojo sus divisas, las lev- antaba y las seguía contento y entusiasmado, marchan- do á las batallas satisfecho en su muchedumbre é igno- rante de los horrores y desastres de la guerra: labradores sencillos, movidos por un sentimiento que conocían pero no podían definir; soldados inútiles, perjudiciales á la san- ta causa que iban á defender, por su grosería é instintos desarreglados. Sin orden ni género de formación, los gru-

pos seguían los tambores, los agudos pitos, las chirimías, que en otro tiempo sirvieron para las fiestas religiosas ó los regocijos del hogar; y como un recuerdo de las aban- donadas ocupaciones, al romper el día y cerrar la noche entonaban, cual canto guerrero, el "alabado," oración con que en las haciendas se comienza y se acaba el trabajo, monótono y triste, que nunca se escucha en la soledad sin profunda melancolía. Aquellas turbas se componían de 100,000 hombres, unos 20,000 eran ginetes. Con su calzonera de cuero, en general corta hasta la rodilla, la pierna descubierta, en mangas de camisa y sin zapatos, completaba el arreo el sombrero de palma y la manga de jerga ó el sarape de lana burda; montaban los caballos pe- queños y fogosos del país, pero flacos é inobedientes á la rienda, medrosos y espantadizos, como enseñados á la ron- da del monte y de las sementeras, y á la trilla; malos fustes pelones eran las monturas, y por armas, espadas de- rechas con guarniciones de cobre, pesadas y débiles como entonces se fabricaban por los herreros, y lanzas con asta de encino muy corta ó muy larga, siempre embarazosa para quien no sabe manejarla; la mayor parte no llevaba con todo, más defensa que su lazo. Para suplir el arma- mento, se habían construido en Guadalajara grandes cohe- tes con puntas de hierro para dispararlos contra la caballe- ría, y granadas de mano para arrojarlas á distancia con las hondas. La principal esperanza consistía, sin embar- go, en la formidable batería reunida compuesta de 95 ca- ñones; 44 de ellos, calibre de ½ á 12, eran de las fundi- ciones reales, llevados casi en hombros desde San Blas por las quebradas de Mochititlic, con extraordinario tra- bajo y por un milagro de esfuerzo; el resto eran malos tubos de cobre vaciados por el método de hacer las cam- panas, con cureñas pesadas, de mal servicio los unos, y los otros amarrados en carros, con incapacidad de apun- tarse adonde conviniera, y con calibre desde 2 hasta 24.

Al saber los insurgentes la marcha de los realistas, se reunieron los jefes en junta de guerra. Allende, con los principios de orden adquiridos en la milicia, fué de pa- recer, supuesto que una batalla era inevitable, que se sa- case al campo escogido para combatir sólo la fuerza or- ganizada con la artillería útil; caso de un revés quedaba en pie el grueso del ejército, que entretanto podría ins- truirse, y habría una retirada segura y un punto de apo- yo en Guadalajara, adonde concentrado el ejército contaría aún con elementos para defenderse. Hidalgo contradijo este dictamen, se apoyó en que sus soldados no podían medirse con ventajas contra sus contrarios; un corto nú- mero corría á una pérdida segura; las victorias alcanzadas se debían al número y no á la táctica ni á la disciplina; desocupada la ciudad por sus mejores defensores, podía ser atacada, y quedaría entonces imposible la retirada. Los jefes adoptaron el mal consejo, uniéndose al voto de Hidalgo, y en consecuencia, el ejército salió de la pobla- ción el 14 de Enero á medio día, para acampar en las llanuras del puente de Guadalajara, situándose el 15 en el puente de Calderón, lugar escogido para la lucha por Allende y por Abasolo.

El campo, oscuro hasta entonces, hecho memorable después por el conflicto de que fué teatro, se encuentra 10 leguas al E. de Guadalajara. Es una llanura cortada casi de E. á O. por un riachuelo pequeño, con fama de invadable, llamado de Calderón; un puente del mismo nombre lo atraviesa, de cal y canto, toco, de un solo arco y con pasaviano de piedra, semejante á la mayor parte de los que se encuentran en nuestras vías públicas. El cami- no que traían los españoles, primero con dirección al S.O., tuerece luego al N., pasa por el puente, y vuelve al E. para encumbrar algunas alturas. Delante del repetido puente, dejando una llanura intermedia, corren paralelas al ca- mino algunas lomas áridas cubiertas de piedras y de un color rojizo; otras lomas, formando un ángulo recto con las primeras, en dirección N.S., barren completamente el paso, viniendo á terminar á la orilla del río, en cuya mar-

gen derecha hay una prominencia semicircular, con el frente al S., extendiéndose á su pié el llano cubierto de un zacate alto y tupido, que se mueve al menor soplo del viento.

Las alturas por donde pasa el camino se escogieron para colocar el centro del ejército, formándose allí una batería de 67 cañones, defendida por una línea cuádrupla de batalla, apoyada por una columna cerrada y por la caballería situada en los flancos: era el grueso de las fuerzas, y mandaba el punto D. José Antonio Torres. A la derecha se situó otra batería de 12 piezas, al mando de D. Juan Aldama, con idéntica distribución en cuanto á tropas que la del punto anterior; y en la loma de más acá del río, izquierda de la línea, se dejaron siete cañones, confiándose aquel punto avanzado á Portugal. "La infantería arreglada [Mora: México y sus revoluciones] se situó tras de las baterías en otras tantas columnas cerradas; la caballería de la misma clase se colocó en los flancos de las baterías para apoyarlas: los flecheros debajo de ellos; y en el llano que se hallaba á la izquierda, quedó al mando de Hidalgo lo que podía llamarse la reserva, y que se componía de una multitud incontable de gente sin disciplina, y en la que se encontraban más de 15,000 caballos." El campo, pues, estaba defendido por un foso natural, fácil de disputarse por tiradores colocados en la orilla izquierda, que aun suponiendo que fueran escarmentados, y que el paso del puente quedara libre, los agresores tenían de precisión que empeñarse en una llanura dominada por fuegos cruzados de flanco y de frente, sufrir allí muchas pérdidas y atacar en seguida las baterías, trepando bajo las descargas los costados peligrosos de las lomas: tropas instruidas hubieran hecho inexpugnable un punto escogido con tanto acierto, y los mismos insurgentes no lo perderían con sólo que sus tiros hubieran sido más ciertos.

Distribuidas y situadas las fuerzas, la mañana del 16 se pasó en arreglos y pormenores, en colocar una fuerte división en la cabeza del puente, extendiendo á lo largo del río por derecha é izquierda pelotones de infantes y trozos de caballería. El resto del tiempo se pasó en la ansiedad y en la zozobra, hasta que en la tarde, la polvareda levantada en el camino, y el reflejo de las armas heridas por el sol, dieron á conocer que los realistas se acercaban. En efecto, eran las tropas de Calleja, quien ignorando los movimientos de Hidalgo se presentaba á ocupar el puesto, y que para tomar posesión y reconocer á sus enemigos, no tuvo otro arbitrio que lanzar contra el puente sus partidas de descubierta, compuestas de las compañías de voluntarios de Celaya y de Guanajuato. El tiroteo se empeñó; mal guardado el puente, casi quedó á merced de los españoles; nuevas tropas insurgentes bajadas de las alturas restablecieron el combate; avivó el fuego, y los exploradores, puestos en apuros para hacer su retirada, tuvieron que ser socorridos por el cuerpo de infantería ligera de San Luis, por la compañía de escopeteros de Río Verde, con un cañón, y por los escuadrones de los regimientos de España y de México. La noche estaba muy próxima, y los realistas acamparon al abrigo de una pequeña colina.

Ambos ejércitos, sin tiendas ni abrigo, pasaron el tiempo de las tinieblas al vivac, acostados en el suelo cerca de sus armas, dominado cada uno por los diferentes afectos que los llevaban á combatir; se encendieron algunas fogatas á cuyo rededor los soldados tomaron algunas fogueas y poco á poco se extendió sobre los campamentos el lúgubre silencio precursor de los desastres inmediatos. Sólo los jefes y los centinelas velaban. Calleja formó su plan de batalla "reducido (dice en su parte) á que una columna fuerte atacase por la derecha del enemigo hasta desalojarle de la loma y baterías que tenía colocadas en ellas, al mismo tiempo que otra igual avanzase por la derecha mía para llamarle la atención por ambos lados, á través del puente ó vadease el arroyo según conviniese, cayendo á un tiempo con todas las fuerzas sobre el

"centro, en que se percibía todo el grueso del ejército insurgente." Consecuente con esta disposición se reservó para él el centro; dió el ala derecha al general de la caballería, D. Manuel Emparan, poniendo á sus órdenes una división de dragones, y confió la izquierda al conde de la Corona, y su coronel, D. Nicolás Iberri, los dragones de México, mandados por el capitán Barón de Antoneli; los de Puebla, á cargo del coronel D. Diego García Conde, así como el piquete de los de Querétaro al del coronel D. Manuel Pastor, y cuatro piezas, dos de artillería de á caballo y dos de á pié. Para finalizar los preparativos de batalla, muy entrada la noche, fué reconocido el arroyo por la compañía de voluntarios de Celaya, para buscar si presentaba algún vado.

En la madrugada del 17 de Enero de 1811, ambos ejércitos se sintieron despertar, y se pusieron sobre las armas: el realista, silencioso y ordenado; el insurgente alzando grita y acudiendo á su puesto en pelotones. Á los primeros albores de la mañana pudieron distinguirse las brigadas Flón y Emparan marchando á sus destinos, y á poco comenzó la batalla.

Calleja, con el centro, se dirigió al puente, sosteniendo con los cañones de vanguardia la subida á la loma de su división izquierda, que empeñada ya en la lucha, fué necesario reforzar con la compañía de gastadores; cerca del puente conoció que el paso era imposible por allí; y con su Estado Mayor, las cuatro piezas de vanguardia, el batallón ligero de Patriotas, la compañía de escopeteros de Río Verde, las dos de voluntarios y la de su escolta, dejando el camino, se inclinó á su derecha, se situó sobre una pequeña altura y rompió el fuego sobre el ala izquierda de los insurgentes. Los que por allí se presentaban eran en gran número, y para repelerlos hizo que se le unieran el primer batallón de granaderos, al mando del coronel D. José María Jalón, el escuadrón de dragones de España y el regimiento de San Carlos.

Al abrigo de los cañones de Calleja, Emparan, que con su caballería había tomado por el camino viejo, evitó la batería izquierda de los independentes, y rodeándola fué á caer á retaguardia de ella. Portugal resistió la carga con brío; las siete piezas haciendo un fuego sostenido, contuvieron el avance de los realistas, y un grueso trozo de ginetes patriotas bajó de la altura á la carrera como un torbellino, y llegó á estrellarse contra los dragones. Herido Emparan en la cabeza y en una mano, muerto su caballo de una lanzada, á duras penas podía sostenerse y comenzó á ciar. Calleja mandó en su auxilio el escuadrón de España y el regimiento de San Carlos, y dió orden para que atacaran la batería el primer batallón de granaderos, y el batallón de San Luis, con parte de los lanceros de la reserva. Jalón, á quien se encomendó aquel movimiento, bajó rápidamente la loma en que se hallaba, y llegó á la margen del arroyo; la opuesta estaba cubierta por una nube de tiradores, de flecheros y de honderos disputando el paso; pero los granaderos, conservando su formación, atravesaron el cauce con el agua á la rodilla, é hicieron retroceder á los indios á bayonetazos: en la falda de la loma, que comenzaron á subir, encontraron los obstáculos del terreno; una vez vencidos llegaron á la cumbre, desplegaron en batalla, avanzaron á su frente y huyeron los defensores de la batería, que reunidos á la voz de sus jefes volvieron á la carga, y huyeron por segunda vez, dejando un cañón en poder de los vencedores. Entre tanto, Emparan, á pesar del refuerzo, acometido por nuevas partidas de ginetes, no pudo sostenerse; el regimiento de San Carlos, siguiendo el ejemplo de su coronel D. Ramón Ceballos, retrocedió en desorden; los demas escuadrones titubearon, y la derrota se hacía completa. Jalón, ya vencedor en la batería, mirando el peligro, formó sus granaderos en columna, se interpuso entre los desbandados dragones y los independentes, y desplegando su izquierda en batalla acometió á la bayoneta, causando

grande estrago en sus contrarios. La oportunidad de la maniobra y los felices resultados obtenidos, dieron tiempo á que la caballería se uniera á la voz de sus oficiales, y que tornando al combate restablecieran su fortuna, declarada poco antes por los americanos.

La brigada Flón en tanto, pasó el arroyo más arriba del puente; y apenas en la llanura, se encontró con las tropas de Aldama, y comenzó la pelea. El objeto de los insurgentes era impedir la subida á la loma y la pérdida de su batería, por lo que cargaron con ímpetu sus infantes y ginetes, interponiéndose entre el río y la altura, flanqueando la derecha de los realistas. Estos se mantuvieron firmes, auxiliados primero por el regimiento de Dragones de San Luis, mandado por el marqués de Guadalupe Gallardo; recibieron en seguida el refuerzo de la compañía de gastadores á las órdenes de su capitán D. José Vizeaya, que envuelta por más de media hora por los independentes, pudo al fin rechazarlos clavándole un cañon. Reunidos los hombres, y con la ventaja adquirida, Flón ahuyentó á sus contrarios en el llano, los persiguió con su caballería y lanzó el regimiento de la Corona contra la altura: los infantes treparon prontamente por los costados de la loma, llegaron á la cima, y confundidos un momento con los defensores del puesto, los hicieron al cabo huir, apoderándose de cuatro piezas y un carro de municiones. La Corona, sin embargo, quedó aislada en la cumbre, y visto por Allende, la hizo atacar por un grueso de ginetes: aquella formó una columna sólida, y éstos vinieron á contenerse delante de las bayonetas, se remolinearon desconcertados por el fuego, y se retiraron en desorden con la llegada de la artillería llevada al lugar por el conde de Casa Rul. La derecha de los patriotas quedó destruida, y abandonado el puente.

Alentado Flón con tamaña ventaja, sin esperar órdenes ni aguardar el movimiento de los demas cuerpos del ejército, formó sus tropas en columna y se adelantó hasta la gran batería insurgente, delante de la cual formó en batalla, rompiendo un vivo fuego granadero. Torres lo contestó con sus cañones cargados á bala rasa y á metralla, hizo que dispararan sin cesar sus flecheros y honderos, y atacó la izquierda realista con innumerable copia de ginetes. Hora y cuarto pudo resistir la Corona; hasta que acabadas las municiones de artillería y flanqueado el regimiento comenzó á retroceder: era el momento oportuno de rematarlo, y Torres mandó tocar á degüello y lanzó contra él sus caballos. Masas informes, sin disciplina, ni dirección, sin armas, sin otro dote que el valor personal, vinieron á estrellarse en vano en las bayonetas de los indecisos infantes y se retiraron; segunda vez se tocó á degüello, y otra vez vinieron á remolinear diciendo denuestos delante del muro de hierro, para retirarse tambien. Pero más felices contra los dragones, les atacaron á su turno hasta confundirse con ellos: allí el valor no encontró por obstáculo la disciplina, y cuerpo á cuerpo los hombres, vencieron los más numerosos: los de San Luis y los de Puebla comenzaron á desbandarse, los demas estaban á punto de huir; y Flón estaba perdido, sonriendo aún la victoria á los americanos, porque los realistas no cesaban de retroceder.

Calleja notó el descabro, y dió orden para que el teniente coronel D. Bernardo Villamil, con el segundo batallón de granaderos, los escuadrones de la frontera y las dos piezas del parque, volaran en defensa de Flón: Villamil ejecutó el movimiento rápidamente, y su presencia restableció el combate. Los granaderos, con fuego bien nutrido, cargando á tiempo la caballería, y con la metralla de sus cañones, los enemigos se contuvieron y los fugitivos volvieron al lado de sus estandartes. Entretanto el fuego de cañón incendió el pasto de la llanura, que muy seco en el invierno y demasiado combustible, comunicó á lo lejos la llama alentada por un viento ligero, produciendo una densa humareda; al abrigo del incendio, Allende y Torres vinieron con todos sus infantes

y sus ginetes á hacer un último esfuerzo; pero Villamil los recibió desplegando en batalla y atacando á la carrera á la bayoneta, y esta arma produjo su acostumbrado efecto, pues los independentes se retiraron definitivamente dejando en reposo á los realistas. Sin embargo, Flón, falto ya de municiones, y con su tropa cansada, no dió un paso adelante, y se quedó en su posición, defendiéndose más bien que acometiendo, y contemplando los estragos del fuego que se extendía más y más, dejando una mancha negra en el amarillo pálido del prado: el humo daba en el frente del ejército mexicano.

Cinco horas y media iban ya de batallar, y los españoles no lograban un resultado feliz, teniendo su izquierda casi en derrota y amagada de nuevo su derecha, mientras los americanos estaban casi intactos replegados en su gran batería. Calleja, entonces, decidió aventurar el todo por el todo; dió orden á Emparan para que le siguiera, formó en columna sus soldados, atravesó el puente y desembocó en la llanura. Su presencia reanimó el espíritu de las tropas de Flón, y aprovechando el momento de entusiasmo, puso á la vanguardia sus diez piezas de batalla, á su izquierda los granaderos y la Corona en columna, apoyados en la barranca y con instrucciones de desplegar su batalla luego que el terreno lo permitiera, y á la derecha el batallón llamado de Patriotas, y los dragones también en columna, para que al gran galope ejecutaran la misma maniobra al encontrar bastante espacio. La batalla tenía, pues, lugar entre el puente y la loma, en cuyo trecho las milicias de Allende y de Abasolo, sufrieron por algún tiempo á pié firme el empuje de los contrarios, sin perder un palmo de tierra. El choque era horroroso, y los independentes oponían una resistencia tenaz que los hubiera salvado, cuando una granada cayó sobre un carro de municiones y lo incendió. A la explosión retumbó el campo, los materiales inflamados volaron á lo lejos sembrando la muerte, las tropas de las inmediaciones echaron á huir amedrentadas, y el resto de la línea se desconcertó. Era el instante apetécido por Calleja; la artillería avanzó haciendo un fuego terrible, hasta situarse á tiro de pistola de la gran batería; los infantes y los dragones de las alas siguieron el movimiento, desplegaron de pronto en batalla; aquellos, con la bayoneta delante subieron la loma á la carrera, llegaron á la cumbre, desalojaron á los independentes que echaron á huir, y vinieron á completar la victoria los sablazos de los dragones. Fué tan rápida la maniobra, que las piezas de la batería quedaron sin disparar, cargadas á metralla.

Mientras el regimiento de San Luis perseguía á los fugitivos, una fuerte brigada combatía y tomaba el último punto en que se habían hecho fuertes los independentes, siendo aquella la lucha final que sostenían los defensores de la santa causa.

Así acabó la batalla. El campo presentaba por todas partes las huellas del incendio, sembrado de cadáveres ahumados y con las ropas consumidas; esparcidos aquí y allá los cañones, los trenes, los equipajes, y huyendo en precipitada fuga por las barrancas y el camino, la inmensa muchedumbre de mexicanos. Los españoles de cansados no los persiguieron, y sólo Flón, con algunos dragones, siguió el alcance, separándose á larga distancia del ejército; pagó bien cara su temeridad: su cadáver, sangriento y desfigurado, con multitud de heridas y contusiones, fué llevado al real de Calleja y puesto á la vista de las atónitas tropas, quienes debieron ver en aquel bulto la víctima inmolada para merecer el vencimiento.

La pérdida de los realistas consistió en cuarenta y un muertos, setenta y un heridos y diez extraviados. "Increíble parecerá una pérdida tan insignificante [dice el Sr. Alamán en su Historia de México, tomo 2º pág. 130] por parte del ejército real, habiendo estado empeñado durante seis horas de acción, con un número tan crecido de enemigos, y expuesto por mucho tiempo al fuego de